

Diciembre, 12. Salida de Maximiliano de Orizaba para México.

Diciembre, 13. Orden de Napoleón á Bazaine, en la que le dijo: «Embarcad la Legión extranjera, y á todos los franceses, soldados ó paisanos que quieran hacerlo, y á las Legiones Austriaca y Belga, si lo piden.»

Diciembre, 18. Acción de la Coronilla, cerro situado cerca de Santa Ana Acatlán, población situada 12 leguas al Sur de Guadalajara, ganada por el Coronel Eulogio Parra y sus subalternos los Coroneles Amado A. Guadarrama, Francisco Tolentino y Donato Guerra, al Jefe Sayan á la cabeza de una tropa francesa. El Sr. Vigil, en la obra cit., pág. 790, dice: «En la noche se supo que la fuerza desprendida de Zapotlán estaba pernoctando en las Cebollas, y á las tres de la mañana del 18 los republicanos contramarchaban para salir al encuentro. A las once del día, como á un cuarto de milla de Santa Ana Acatlán, en un punto llamado la Coronilla, la vanguardia comenzó á batirse con el enemigo, fuerte de setecientos hombres. En el acto dispuso Parra el combate, que no tardó en generalizarse, batiéndose con encarnizamiento por ambos lados hasta las cuatro de la tarde, en que los republicanos obtuvieron un triunfo completo, quedando en su poder *trescientos setenta y dos* prisioneros, de los cuales *ciento uno* eran franceses y entre ellos *diez* oficiales; dos obuses de á doce y todo el parque y el armamento del enemigo. Este tuvo, además, *ciento cincuenta* muertos, de ellos *ciento treinta y cinco* franceses, inclusive el Jefe de la columna, Sayan.» Poco tiempo después la Legislatura del Estado decretó que el 18 de Diciembre sería perpetuamente día de fiesta civil.

Diciembre, 19. á la madrugada. El General Ignacio Gutiérrez con su tropa salió violentamente de Guadalajara para Lagos.

Diciembre, 20. Guadarrama, con parte del ejército que había triunfado en la Coronilla, ocupó á Guadalajara. Al día siguiente entró Parra en la ciudad con el resto de las fuerzas.

Diciembre, 28. Salió de Lagos la tropa francesa y con ella se fueron el General Gutiérrez y el Sr. Bernardo Flores, que había sido subprefecto (1). El mismo día ocupó la ciudad el jefe republicano Sr. Jesús Anaya (2) á la cabeza de su tropa.

Diciembre, 28. Dice Zamacois: «En Tulancingo el cuerpo belga había recibido ya la orden de disolverse, y al mismo tiempo la oferta del Mariscal Bazaine de facilitar á sus individuos el pasaje á Europa. Aceptada la oferta por la mayor parte, evacuaron la ciudad de Tulancingo y se dirigieron hacia Veracruz.... En el momento que las tropas imperialistas abandonaron la población, verificó su entrada en ella, al frente de sus tropas, el general republicano Martínez» (3).

(1) El Sr. Flores se embarcó en Veracruz en Febrero ó Marzo siguiente: vivió en París algunos años y volvió á Lagos, en donde murió el día 11 de Julio de 1882. Yo ejercí los últimos oficios de la amistad conduciendo su cadáver á la capilla de Estancia Grande, de donde fué trasladado á la capilla de su hacienda de San Bernardo.

(2) Mi muy estimado compadre y amigo, que vive, padre de los notables abogados Sr. Ventura Anaya y Aranda y Sr. José de J. Anaya.

(3) Entre los que capitularon en Tulancingo aparece por primera vez en nuestra historia el alemán príncipe de Salm Salm. Zamacois, en el tomo cit., pág. 837, dice: «Había marchado en calidad de voluntario con el jefe belga, el Conde D. Félix de Salm Salm, que habiendo hecho la campaña en los Estados Unidos (en favor de los surianos) desde 1861 hasta la terminación de la guerra civil, como Coronel y Jefe de Estado Mayor de la división alemana, marchó á México en 1866, con objeto de servir en las banderas del Imperio. Entre tanto que Maximiliano le ocupaba en algún cuerpo, pidió al Ministro de la Guerra que le permitiese ir, en calidad de voluntario, con la tropa belga que marchaba á Tulancingo».

Diciembre, fines. Las tropas francesas desocuparon los Estados de Jalisco, Zacatecas, San Luis Potosí, Guanajuato y Tulancingo. Zacatecas fué luego ocupado por el General Miguel Auza y poco después por el General Mariano Escobedo. En San Luis Potosí permaneció Mejía á la cabeza de su ejército y en Guanajuato permaneció el General Feliciano Licéaga á la cabeza del suyo (1).

1867

Enero, principios. Juárez estableció su Gobierno en Durango (2).

Enero, principios. Castelnau recibió un despacho de Napoleón, en el que le decía: «Embarcad la legión extranjera, y á todos los franceses, soldados y paisanos que quieran hacerlo, y á las legiones austriaca y belga si lo piden.»

Enero, 5. Llegó Maximiliano á La Teja, hacienda de campo situada en los alrededores de México, á donde fueron á cumplimentarlo el Sr. Arzobispo Labastida, los Ex-Ministros José Fernando Ramírez y Pedro Escudero y Echanove y otros muchos personajes. En el mismo acto Ramírez y Escudero se despidieron del Emperador, porque estaban en víspera de partir de México para Europa, y el Dr. Basch, testigo ocular, añade que Ramírez lloró.

Enero, 7. Entrevista de Maximiliano y Bazaine en la Teja. El Sr. Vigil, en el tomo cit., pág. 805, dice: «Preguntado Bazaine (*por Maximiliano*), según cuenta Kératry, sobre la situación y el porvenir de la monarquía, respondió que después del llamamiento de la legión extranjera (*por Napoleón*), que quitaba (*á Maximiliano*) toda esperanza de retirada en caso de un revés, sólo había que correr peligros sin gloria. Desde el día en que los Estados Unidos, añadió, han opuesto altamente *su veto* al sistema imperial, la existencia del trono es efímera, aun cuando hubiese obtenido V. M. cien mil franceses; y aun suponiendo la neutralidad americana durante la Interven-

go; y obsequiada la petición, acompañó á la expresada ciudad al Jefe Vander Smissen que la mandaba.» De Tulancingo se fué á México.

(1) Licéaga vive, es hijo del Lic. José María Licéaga que escribió «Adiciones y rectificaciones á la Historia de México que escribió D. Lucas Alamán;» y algunos años después, por indicios de conspiración en esta ciudad de Lagos, estuvo preso algunos meses en la cárcel de la misma, en donde le conocí.

En este año de 1866, Guillermo Prieto vivió en Brownsville y estuvo allí publicando su periódico *La Bandera*, en el que combatía al Imperio y defendía la Presidencia de González Ortega. El gran poeta, en su carta de 19 de Octubre de 1891, hablándome de este suceso y de otros de aquella época, dice: «Me separé de Juárez en Noviembre de 1865 por su golpe de Estado; me siguieron Patoni y otros. Lerdo me persiguió cruelmente. Atravesé el desierto, durando mi marcha cerca de dos meses. Me situé en Brownsville: me tuvo después oculto en San Luis D. Juan Bustamaute; allí me eligieron diputado y con esa investidura fui á México. Me entré de rondón á la casa de Juárez y le dije: «Aquí estoy. Veamos qué haces conmigo;» me abrazó con ternura y jamás volvió á hablarme del pasado.»

(2) En los últimos días que estuvo Juárez en Chihuahua, llegó á esta ciudad el General Plácido Vega, llamado por el Presidente para que le diera cuenta de su conducta política. Al venirse á Durango se trajo consigo á Vega, y éste se fugó en el camino y se fué á refugiar á Tepic, al amparo de Lozada.

ción, *no era viable*. La combinación federal era el único sistema que había que ensayar en frente de la Unión, la cual sin duda habría accedido si el Sur hubiese sido reconocido á tiempo por la Francia. Hoy mi opinión es que V. M. se retire espontáneamente.» En el momento de separarse (*Bazaine*), Maximiliano respondió al Mariscal: «Tengo en Ud. la mayor confianza; Ud. es mi verdadero amigo, y le suplico que asista á una junta que voy á convocar para el lunes 14 de Enero en el Palacio de México. Allí estaré presente, y Ud. repetirá lo que piensa. Si la mayoría es de su opinión, partiré. Si quieren que me quede, asunto concluido, me quedaré; porque no quiero parecerme al soldado que tira el fusil para huir más pronto del campo de batalla» (1).

Enero, 9. Nueva prisión de González Ortega. El Comandante norteamericano de Brazos de Santiago, poco tiempo después de haber arrestado á González Ortega, lo puso en libertad; él se fué á Zacatcas y publicó allí un manifiesto en el que dijo lo mismo que había dicho en el de New-York, á saber, que él era el verdadero Presidente de la República, por lo que el General Auza lo puso preso el día 9 por orden de Juárez.

Enero, 13. Se embarcó en Veracruz la primera sección de tropas francesas, compuesta de 700 hombres.

Enero, 14. JUNTA DE 35 NOTABLES QUE DECIDIO DE LA SUERTE DE MAXIMILIANO.

Fueron los siguientes:

Teodosio Lares, Presidente.	José María Cortés Esparza.
Bazaine.	Jesús López Portillo.
José María Lacunza.	Manuel Orozco y Berra.
Teófilo Marín.	Campos.
Pereda.	Almazán.
Sr. Arzobispo Labastida.	Cordero.
Sr. Obispo Barajas.	General Pánfilo Galindo.
Agustín Fischer.	Bonifacio Gutiérrez.
General Leonardo Márquez.	Hernández.
General Santiago Vidaurri.	Hidalgo y Terán.
Luis Robles Pezuela.	Iribárrén.
Mier y Terán.	Linares.
Tomás Murphy.	Manuel Lizardi.
Manuel García Aguirre.	Méndez.
Sánchez Navarro.	Victor Pérez.
Urbano Fonseca.	General Portilla.
Alejandro Arango y Escandón.	Saravia.
	Villalva.

Maximiliano, cambiando de modo de pensar, no asistió á la Junta. Los principales que hablaron en ella y lo principal que dijeron, lo publicó al día siguiente el periódico «La Nueva Era» redactado por Masseras, de donde lo copiaron los historiadores Vigil y Zamacois, y fué lo siguiente:

Lares dijo: «En las actuales circunstancias del país, y en vista de los datos presentados por los Ministros de Guerra y Hacienda, ¿puede y debe el Gobierno Imperial emprender la pacificación?»

Márquez leyó un discurso en el que dijo: «Verdad es que los disiden-

(1) ¿Y el Manifiesto que había dado á la Nación un mes antes en que había dicho que estaba resuelto y prometió á la Nación permacer en México?

tes ocupan hoy puntos de notable importancia y que la guerra continuará llena de vicisitudes; pero ciudades que hoy se encuentran en poder de ellos, se declararán bien pronto, si encuentran apoyo, como se declararon anteriormente, imperialistas.»

Murphy dijo: «Considero que las fuerzas disidentes no son sino un conjunto de bandas de ladrones.»

Marín dijo: «Si la salud pública lo exigiera, votaría porque se propusiera un acomodamiento á los republicanos; pero como afortunadamente el país todo se muestra resuelto en favor del Imperio, creo que el Gobierno debe llevar adelante la guerra hasta obtener la completa pacificación.»

García Aguirre, dijo: «Creo igualmente que debe llevarse adelante la guerra á todo trance. Si faltan soldados, puede hacerse uso de la *recluta forzada* (1); si falta dinero, QUE SE TOME DE DONDE LO HAYA» (2).

Bazaine leyó un discurso en francés (*que no entendieron algunos de la Junta*), en el que dijo: «¿Qué se ganaría con hacer esfuerzos militares y grandes gastos para volver á conquistar el territorio perdido? ¡Nada!... En resumen, me parece imposible que S. M. pueda continuar gobernando el país en condiciones normales y honrosas para su soberanía, sin descender á la categoría de un jefe de banda, y es preferible para su gloria y su defensa que S. M. haga entrega del poder á la Nación.»

Arango y Escandón leyó un discurso, en el que dijo: «Señores: — Los que en un día rico en esperanzas, concurrimos á la erección del trono imperial de México; los que en Orizaba aconsejamos á S. M. no abandonase el poder, mientras la nación, pero la verdadera Nación, no le retira ese poder (3); los que hemos creído y alimentamos aun la convicción firmísima de que las instituciones monárquicas son una defensa para nuestra cada vez más amenazada nacionalidad, no podemos hoy aprobar el pensamiento de abdicación... En el siglo XVI, el Papa Paulo IV declaró la guerra á Felipe II. Trataba de hacer valer ciertos derechos en el reino de Nápoles, en posesión del cual estaba el rey católico, á quien no era en verdad fácil hacer prescindir de ninguna de sus adquisiciones. El Papa se buscó auxiliares y los halló en Francia. La cuestión interesaba vivamente, como saben todos, á esta Nación, y su rey Enrique II, comprendiéndolo así, envió á Italia buen golpe de gente. Mandábala el duque de Guisa, noble, entendido, valiente capitán; y además de esto, señor Mariscal (*encarándose con Bazaine*), muy católico (4).

(1) Como el gallo de tío Calvatruenas. Con este apodo era conocido en San Juan de los Lagos un viejo que tenía un gallo, el cual por las cicatrices de las heridas que había recibido, ya no quería pelear; pero como era el único medio de subsistencia que tenía su dueño, éste le estiraba de las plumas hasta que se animaba á pelear. García Aguirre era un hombre instruido pero caudoroso. Lo conocí y traté.

(2) Esto era para que todos cerraran sus tiendas y sus casas.

(3) El individuo de la Real Academia Española debió decir *retirarse*.

(4) ¡Muy católico! El Diccionario Universal de Historia y Geografía, edición de México, 1853-1856, en el artículo «Guisa» (Enrique de Lorena, Duque de), dice: «Fue testigo del asesinato de su padre al pie de los muros de Orleans, y desde entonces profesó un odio implacable á los protestantes: después de haberse cubierto de gloria con la brillante defensa que hizo del Poitiers contra Coligny (1569), se deshonró convirtiéndose en ASESINO, y siendo el primero que tomó parte en la horrible matanza de San Bartolomé (¡muy católico!)... Hizo cuanto pudo por hallarse el camino del trono, entrando en tratos con el Rey de España Felipe II, que le envió dinero (¡muy católico!)... Finalmente, mandó redactar una *Memoria* pidiendo el cambio de Gobierno y el establecimiento (en Francia) de la Inquisición. (¡Muy católico!) César Cantú, en su Historia Universal, aclaraciones al libro 15, letra U, describiendo la matanza del San Bartolomé, que es uno de los hechos más

Pero el duque de Alba, que valía tanto al menos como el General Sherman, mandaba los tercios españoles, que valían algo más que los filibusteros que han ocupado á Matamoros. La suerte fué adversa á los aliados del Pontífice; el duque de Alba, de victoria en victoria, llegó á plantar sus reales á las puertas de Roma. Las cosas entretanto se habían complicado en el Norte de Francia, y Enrique II ordenó al duque de Guisa, que abandonando al Pontífice, viniese presto en su propio auxilio. El duque comunicó la noticia al Papa, y se dispuso á ejecutar la orden . . . En aquellos terribles momentos, Paulo IV, tomando consejo de su ira, que nadie negará fuese justísima, dirigió al General francés estas memorables palabras, que yo, en nombre del monarca ofendido de México, en nombre de esta Nación que, como Paulo IV, no tiene tampoco más culpa, que la de haber sido demasiado en el extranjero, me creo autorizado á repetir ahora á V. E. (á Bazaine): «*Idos: nada importa. Habéis hecho muy poco por vuestro Soberano: menos aun por la Iglesia: nada, absolutamente nada por vuestra honra.*»

Bazaine contestó: «El orador se ha entregado á digresiones inútiles y no ha expresado voto alguno.»

El Sr. Labastida, dijo: «Aparte de que mi ministerio no me llama á resolver cuestiones de este género, no me hallo en actitud de verificar los datos exhibidos por los Ministerios de Guerra y Hacienda.»

El Sr. Barajas dijo: «Al recibir la invitación de asistir á la Junta, creí que se trataba de alguna cuestión relativa á la Iglesia; me declaro incompetente y sólo añadiré, que el cuadro que se acaba de trazar de las fuerzas *disidentes* es inexacto; yo conozco á jefes que son personas *honorables* y gozan de estimación» (1).

Iribarren, Comisario imperial de Sonora y Sinaloa, dijo: «Si he abandonado á Mazatlán y los Departamentos que me están confiados, es porque creí que el Emperador había abdicado, y considero *fácil* recobrar toda aquella región.»

Sarabia, Comisario imperial de Durango, dijo: «El Emperador debe abdicar en atención á que el orden actual de cosas no puede sostenerse.»

Robles Pezuela dijo: «En el ejercicio de mis funciones, como Comisario imperial de Guanajuato, he observado que las rentas, lejos de aumentar, dis-

criminales y más horribles que se registran en los fastos de la historia universal, dice: "El Duque de Guisa preparó el movimiento popular, mientras que Catalina (de Médicis) se servía de las tropas del rey. La campaña municipal de la Grève dió la señal á que contestó San Germán."

¿Y todo esto se llama ser *muy católico*? ¡Pobre Religión Católica si todos los que hacen profesión de ella fueran como el Duque de Guisa! Una contestación sofocante habría dado Bazaine á Arango y Escandón; pero no sabía la historia de su patria: el mutismo fué siempre el resultado de la ignorancia. De aquí sacarán mis lectores lo que importa que cada ciudadano sepa la historia de su patria.

(1) El Sr. D. Tomás Bryam y Libermore, Obispo de Cartagena, en su Pastoral de 3 de Marzo de 1889, hablando de la autoridad de los señores Obispos en materias políticas, dice: "Así como me ha enviado el Padre, decía Jesucristo, así os envío yo á vosotros." (Joann. XX, 21). ¿Y á qué venía Jesucristo al mundo? Ved cuán claramente lo dice el Divino Salvador ante el Presidente Pilatos: "Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad." (Joann., XVIII, 37). Hé aquí también la misión del Apóstol y del Obispo, dar testimonio de la verdad, trabajar por ella (II *ad Corint*, loc. cit.), enseñarla sin respetos ni miramientos mundanos. "Procura mostrarte operario que de nada tenga que avergonzarse" (*inconfusibilem*), y que trata y enseña bien la palabra de verdad" (II Timot. II, 15), escribía poco antes de morir San Pablo á su discípulo Timoteo, Obispo de Efeso y en persona de éste á todos los Obispos católicos."

minuían de una manera sensible. En presencia de este estado de cosas, no creo que el Imperio se pueda sostener.»

Cortés Esparza, dijo: «¿Qué documentos hay para verificar la exactitud de los guarismos presentados? ¿Existen realmente los once (millones *de pesos*) de que se habla? ¿No hay ilusión en esto? Los veinte mil hombres con que el Ministerio de Guerra cree poder contar, ¿son soldados ó simplemente hombres armados? ¿Existen efectivamente en tal número? ¿Quién de los presentes puede responder con certeza sí ó no á estas preguntas? El Emperador y sus Ministros son los únicos en aptitud de tomar una resolución con perfecto conocimiento de causa. De algún tiempo atrás creo oportuna la retirada del Emperador. En este sentido me expresé en la conferencia de Orizaba, y de entonces acá, lejos de cambiar de opinión, me he confirmado en ella. Se dice que el país está acostumbrado á la situación en que hoy se haya. Esto es cierto; pero cuando me adherí al Imperio, precisamente lo hice porque creí adherirme á un orden de cosas cuya estabilidad traería consigo la paz y la prosperidad nacional. Esta esperanza no se ha realizado, y quedan pocas probabilidades de que se realice en lo sucesivo. Reitero, pues, el voto que emití en Orizaba.»

Cordero dijo: «Creo, que llevando adelante la guerra, el Emperador corre riesgo de descender á la condición de jefe de partido. Creo, además, que el Imperio, en razón de su novedad, cuenta pocos partidarios propios. Voto, pues, en favor de la abdicación.»

Villalba leyó un discurso lleno de vehemencia contra los republicanos, y que terminó diciendo: «El Emperador ha prometido no abandonar á los mexicanos, y le conjuro á que cumpla su promesa.»

Victor Pérez dijo: «Quiero que el Emperador conozca la verdad toda é insisto en que se le diga: Opino en favor de la abdicación.»

Fonseca dijo: Estoy por la conservación del Imperio; mas considero poco conveniente que esta cuestión sea cada mes vuelta á discutir.»

Fischer dijo: «Voto en favor de la guerra de pacificación.»

Procedióse á recoger los votos nominales: 26 votaron por la *no abdicación*; siete que fueron Bazaine, Robles Pezuela, López Portillo, Cortés Esparza, Cordero, Pérez y Sarabia votaron por la *abdicación*, y los Sres. Labastida y Barajas salvaron su voto. Maximiliano, viéndose conjurado, aceptó la resolución de la Junta.

Enero, 14. Entrada del General Ramón Corona en Guadalajara con sus fuerzas.

Enero, mediados. Ocupación de la ciudad de San Luis Potosí por Mariano Escobedo con su poderoso ejército.

Enero, 16. Comenzó á ser Gobernador de Jalisco Antonio Gómez Cuervo.

Enero, 21. Entrada de Maximiliano en México.

Enero, 22. Juárez estableció su Gobierno en Zacatecas. Por orden de Juárez, González Ortega fué conducido á Monterrey y puesto preso en la ciudadela, pasando por San Luis Potosí y el Saltillo.

Enero, 25. El General Mejía, conociendo que con la poca tropa que tenía no podía defender á San Luis Potosí, desocupó esta ciudad y se fué á Querétaro. Este fué el primer jefe imperialista que se refugió en Querétaro, y que indicó á todos los demás el camino de la misma ciudad.

Enero, 26. Ocupación de San Luis Potosí por el General Gerónimo Treviño.

Enero, 26 á la madrugada. Acción del Sauz (hacienda situada entre

León y Silao) ganada por el General Florencio Antillón y su segundo el Coronel José Rincón Gallardo al General Feliciano Licéaga. Dice Zamacois: «Las tropas de Licéaga se vieron completamente derrotadas y llegaron a Guanajuato en el mayor desorden, dejando en el sitio de la acción un número crecido de muertos y de heridos, y en poder de los vencedores muchas armas y prisioneros.»

Enero, 26 en la tarde. Acción de Guanajuato ganada por Antillón y Rincón Gallardo a Licéaga, quien con poca tropa huyó a Querétaro.

Enero, 27. Bazaine, contestando a una carta de Lares, dijo: «Por esto, señor Ministro y por descubrir la carta de V. E. un sentimiento de desconfianza, basado en apreciaciones calumniosas que lastiman nuestra lealtad, participo a V. E. que, en lo sucesivo, no quiero tener relaciones con ese Ministerio.»

Enero, 27. Toma de Zacatecas por Miramón. Zamacois, en el tomo citado, págs. 933 y 934, dice: «El General D. Miguel Miramón, arengó a la desanimada tropa del General Gutiérrez, reanimó el espíritu del soldado, organizó con admirable prontitud una división de mil quinientos hombres de infantería y caballería, así como una batería de campaña y otra de montaña, se puso al frente de ella, y con la rapidez y talento militar que le distinguían, salió de León el 20 de Enero, y se dirigió atrevidamente sobre Zacatecas... en la cual había una guarnición bastante respetable. Entre las tropas que formaban las fuerzas de D. Miguel Miramón, iba una sección de los gendarmes imperiales de Guadalajara, compuesta de trescientos hombres de a pie y de a caballo, y de los cuales algo más de la mitad eran soldados cumplidos franceses, que habían querido entrar al servicio del Imperio y el resto mexicano... Se presentó repentinamente el 27 de Enero delante de la ciudad, la atacó vigorosamente, y tras muy pocas horas de combate, se apoderó de la población, quitando a sus contrarios la mayor parte de su artillería. D. Benito Juárez logró salvarse de caer prisionero, merced a la velocidad del carruaje en que emprendió la fuga. Los imperialistas siguieron el alcance de sus contrarios por espacio de tres leguas, cogiendo muchos prisioneros; pero no al personaje que deseaban» (1).

Enero, 28. Carta de Bazaine a Maximiliano, en la que quiso hacer una distinción entre éste y sus Ministros, para calmar la irritación que consideró le había producido su carta a Lares. Algunas horas después dirigió el Padre Fischer al Mariscal, esta contestación: «Señor Mariscal: S. M. el Emperador me ordena que devuelva luego a V. E. la carta adjunta, no pudiendo admitir que hable de sus Ministros en los términos en que está concebida.—A menos que V. E. juzgue oportuno dar una satisfacción sobre estos términos, S. M. me ordena hacer saber a V. E., que en estas condiciones no quiere ya tener en lo sucesivo ninguna relación directa con V. E.—Tengo la honra, etc.» «Al recibir esta misiva, dice Masseras, el Mariscal arrojó fuego y llamas... Habíase pronunciado la última palabra de la intervención francesa en México.»

Febrero, 1.º Desocupación de Zacatecas por Miramón y vuelta de Juárez con sus Ministros a la misma ciudad.

Febrero, 1.º Batalla de San Jacinto, ganada por el General Escobedo y sus subalternos el General Treviño y los Coroneles Pedro Martínez y Francisco O. Arce, a Miramón. Zamacois, dice: «La batalla de San Jacinto, que así se denomina la acción que dejó referida, por haberse dado cerca de la

(1) Juárez con sus Ministros se fué al Fresnillo.

hacienda de aquel nombre, fué una de las más brillantes para las armas republicanas. La derrota de la división imperialista fué completa, pues dejó en poder de los vencedores armas, municiones, trenes, dinero y equipajes. Respecto a las pérdidas de gente, tuvo cien muertos, número mayor de heridos y cerca de quinientos prisioneros, contándose entre estos últimos ciento treinta y nueve franceses de la sección llamada gendarmes de la Emperatriz (1). El hermano (*Joaquín*) del General Miramón que, gravemente herido de un pie se retiraba en una carretela, cayó también prisionero en poder de los vencedores.»

Febrero, 2. Ocupación de Colima por el General Ramón Corona.

Febrero, 3. Escobedo fusiló en San Jacinto a Joaquín Miramón y a los 139 franceses prisioneros. Estos fusilamientos duraron dos horas. ¡Cosa horrible! (2).

Febrero, 4. Acción de la Quemada (hacienda de campo en el Estado de San Luis Potosí), ganada por el General Severo del Castillo al General Anacleto Herrera y Cairo, quien murió en la acción, lo mismo que su subalterno el médico Capitán Adolfo Lancaster Jones (3). Miramón, después de la pérdida de San Jacinto, se fué por Ojuelos a juntar con Castillo y llegó a la Quemada cuando ya había pasado la acción. De allí Miramón y Castillo con el resto del ejército se fueron a Querétaro.

Febrero, 5. Salida de Bazaine de la Ciudad de México a la cabeza de las últimas tropas francesas. El Sr. Vigil, en el tomo cit., pág. 812, dice: «Llegó por fin el 5 de Febrero, día señalado para la evacuación de la Capital. Desde muy temprano se quitó la bandera francesa que flotaba en el Palacio de Buenavista, habitación del Mariscal, y poco después las tropas francesas, retirándose de los diversos puntos que ocupaban, fueron a formar en la Calzada de la Piedad y en el Paseo Nuevo, próximos a la Ciudadela. Las calles de Corpus Christi, San Francisco, Plateros, Plaza de Armas, Flamen-

(1) Que no quisieron volver a Francia, sino que espontáneamente se quedaron en México para defender el Imperio.

(2) «México a través de los Siglos," tomo cit., pág. 814. Yerran Arrangoiz, al decir que los franceses fusilados fueron 190, y que estos fusilamientos fueron el 8 de Febrero; y Zamaccis, al decir que estos fusilamientos fueron el 8 de Febrero, que se ejecutaron en el rancho de El Tepetate, distante pocas leguas de San Luis Potosí, y que tuvieron por causa el grande enojo de Escobedo por la noticia que recibió de la muerte de Anacleto Herrera y Cairo. Y es más disculpable Arrangoiz que escribió en Madrid, que Zamacois que vivía en México cuando sucedieron dichos fusilamientos.

(3) Los tres Herrera y Cairo fueron nativos de Guadalajara, de muy buen talento, hicieron su carrera en el Seminario de la misma ciudad y fueron liberales radicales. Ignacio fué profesor de la Escuela de Medicina en Guadalajara y Gobernador de Jalisco en 1856. Julián fué mi condiscípulo, médico y diputado en el Congreso constituyente de 1856 y 1857, y firmó la Constitución y ha muerto en 1889 en Tequila (pues los que concluimos filosofía el 8 de Agosto de 1841 fuimos 64, y no quedamos más que 4). Anacleto siguió también la carrera de la medicina y luego la de la milicia; pero no recuerdo si fué médico ó la revolución le impidió concluir la carrera, ni si fué General de División ó de brigada.

En la década de 1850 a 1860 vivía en Guadalajara, en la calle del Seminario, en la casa que está hoy frente a donde vive el Sr. Lic. José López Portillo y Rojas, una familia compuesta de esposo, esposa é hijos. El esposo era D. Ricardo Lancaster Jones, norteamericano y luterano. La esposa era norteamericana y calvinista. Los hijos eran los más nativos de Guadalajara y los que recuerdo eran D. José (estudiante del Seminario), D. Lorenzo (militar), D. Ricardo, D. Adolfo (el que murió en la Quemada), y D. Alfonso, abogado muy conocido en la República por su talento y empleos públicos. Se decía que el esposo, la esposa y los hijos en el hogar doméstico observaban su respectiva religión. D. Ricardo, padre, en sus últimos años fué catequizado por el Canónigo D. Francisco Espinosa y abrazó el catolicismo, en cuyo seno murió.

cos, Porta Coeli, Jesús y todas las que siguen por donde tenía que pasar la columna francesa, hasta la puerta de San Antonio Abad, estaban llenas de una inmensa muchedumbre presenciando el desfile, que se verificó á las nueve de la mañana en medio de un silencio bien significativo. A la cabeza de las tropas iba el Mariscal seguido de un brillante y numeroso Estado Mayor.» «A su paso, dice M. Masseras, no había más que esa muda y glacial inmovilidad que no es sólo la lección de los reyes, sino que se convierte á veces en la más elocuente y pesada de las reprobaciones.» Hasta aquí Masseras. El Sr. Vigil dice poco después: «Durante el desfile de las tropas francesas, todas las ventanas y balcones de Palacio permanecieron cerrados; sin embargo, Maximiliano, acompañado de su Secretario Mangino, estuvo observando la marcha tras de una cortina que alzó de manera que pudiese ver sin ser visto, y cuando hubieron pasado las últimas hileras dejó caer la cortina exclamando: «En fin, héme aquí libre.» ¡Triste libertad por cierto!»

Febrero, 6. Orden de Maximiliano á Miramón. El Sr. Vigil, á la pág. 815, dice: «Al recibir (*Maximiliano*) la noticia de la entrada de Miramón en Zacatecas, se figuró ya hecho prisionero á Juárez con todo el gobierno y se apresuró á escribir á su general el 6 de Febrero recomendándole «de una manera muy especial», que en caso de que se apoderara de D. Benito Juárez, de D. Sebastián Lerdo de Tejada, de D. José María Iglesias ó del General D. Miguel Negrete, los hiciese juzgar y condenar por consejo de guerra, conforme á la ley de 4 de Noviembre último; pero que no se ejecutara la sentencia antes de recibir su aprobación.»

Febrero, 9. Carta de Maximiliano á Lares. «Mi querido Ministro D. Teodosio Lares.—La situación actual de México me conmueve profundamente. Cada resolución adoptada para terminar la guerra civil nos conduce á encenderla más, y donde quiera que se intenta consolidar el Imperio, corren torrentes de sangre, sin obtener la menor ventaja.—Se esperaba que, una vez *emancipado* el Imperio de la Intervención francesa, nuestra acción se haría sentir de una manera saludable en favor de la paz y del bienestar de las poblaciones. Desgraciadamente ha sucedido lo contrario, y si los hechos para siempre lamentables de San Jacinto y del Monte de las Cruces nos sirven para abrirnos los ojos, constituirán el recuerdo más amargo del Imperio.—Mucho se prometía de la habilidad, de la aptitud, de la lealtad y del prestigio de los generales Mejía, Miramón y Márquez. El rímero ha dejado el servicio so pretexto de su estado de salud; el segundo ha sacrificado, casi sin combatir, en la primera batalla que ha dado, todos los elementos que se le habían confiado; el tercero, después de haber arrancado todo por los medios más violentos á los ciudadanos laboriosos y pacíficos, ha ordenado una expedición mal calculada, cuyos sangrientos resultados no se deploraran nunca lo bastante.—Al mismo tiempo el tesoro está agotado; para atender miserablemente al servicio de algunos ramos de la administración hay que imponer préstamos forzosos, imposibles de realizar aun por medio de los procedimientos más vejatorios, y decretar contribuciones extraordinarias más odiosas que productivas.—El Imperio no tiene, pues, en su favor la fuerza moral ni la fuerza material; los hombres y el dinero huyeron de él y la opinión se pronuncia de todas maneras contra él.—Por otra parte, las fuerzas republicanas, que injustamente se ha tratado de representar como desorganizadas, desmoralizadas y sólo animadas del deseo de pillaje, prueban con sus actos que constituyen un ejército homogéneo, estimulado por el valor y la habilidad de su jefe y sostenido por la idea grandiosa de

defender la Independencia nacional, que cree puesta en peligro por la fundación del Imperio (1).—En situación tan crítica, no tenemos siquiera el recurso de apelar al sufragio universal de las poblaciones, porque el voto de algunas localidades ocupadas por las armas imperiales, no significaría nada en cuanto al resultado. El momento de emplear este medio ha pasado; debemos, pues, renunciar á él para siempre.—Yo he contraído para con México el compromiso solemne de no ser nunca motivo para prolongar la efusión de sangre. El honor de mi nombre y la inmensa responsabilidad que pesa sobre mi conciencia, ante Dios y ante la historia, me prescriben no diferir más una gran resolución que haga cesar inmediatamente tantos males.—Espero, pues, que tenga Ud. á bien indicarme, con la prontitud que las circunstancias exigen, las medidas que juzgue Ud. oportunas, para desenlazar la crisis actual, arreglándose sobre las ideas expresadas en esta carta, y teniendo en cuenta únicamente el bien y la prosperidad del pueblo mexicano, con entero desprendimiento de todo interés político ó personal.—Firmado: *Maximiliano.*»

Febrero, 10. Contestación de Lares á Maximiliano: «Debemos ante todo evitar á la capital las calamidades de un sitio y los horrores de un asalto; hay, pues, que ir á intentar en otra parte la solución, *en Querétaro, por ejemplo* (2), donde el Imperio cuenta todavía con numerosos partidarios. Concentrado allí el mayor número posible de tropas regulares, á las órdenes de los Generales distinguidos y más leales á fin de constituir un ejército respetable, convendría que V. M. *tomase el mando en jefe*, para reprimir las rivalidades y las preferencias inevitables entre nosotros, cada vez que se hallan en contacto dos ó más oficiales del mismo grado» (3).

Febrero, 10. Ultima carta de Bazaine á Maximiliano. Se la escribió de Puebla cuando iba en marcha para Veracruz, suplicándole que abdicara y ofreciéndole llevarlo á Europa. El Emperador dijo á sus amigos, que estaba dispuesto á permanecer en México, y nada contestó á Bazaine.

Febrero, 12. Maximiliano organizó su Ministerio de la manera siguiente: José María Lacunza: Ministro de Estado y Presidente del Ministerio. Tomás Murphy: Ministro de Negocios Extranjeros. Lares: Ministro de Justicia, Negocios Eclesiásticos é Instrucción Pública. Manuel García Aguirre: Ministro de Gobernación. Teófilo Marín: substituto de García Aguirre. Vidaurri: Ministro de Hacienda. Lic. José María Iribarren: Ministro de Fomento. Nicolás de la Portilla: Ministro de la Guerra. Nombró también al General Ramón Tavera comandante de la Plaza, y al General Tomás O'Horán Jefe político.

(1) Después de la batalla de San Jacinto, cuando Maximiliano conoció que ya no había modo de triunfar, cuando por el fusilamiento de ciento treinta y nueve franceses conoció que tenía que echar su barba á remojar, entonces hablaba con elegantes palabras de la paz y de que era grandiosa la idea de Juárez y de todos los republicanos de defender la Independencia de la Patria; pero *tres días antes*, cuando no tenía noticia de la batalla de San Jacinto, y creyó que todavía había modo, trató de que á Juárez, á Lerdo de Tejada y á Iglesias se les aplicara la ley. El Segundo Emperador de México no tuvo ni el talento político que han tenido otros muchos Soberanos, el de impedir que su corazón fuera diáfano.

(2) Verbigracia, en el Cerro de las Campanas. ¡Abrenuncio de estos verbigracias!

(3) Maximiliano trataba de la suspirada abdicación, y Lares le contestó despachándolo á Querétaro, para la «solución» del negocio. ¡Pobre Príncipe!